CAPÍTULO L. *Que habla Cortés con Motecuhzuma y lo lleva a su palacio a manera de preso; y del alboroto que hubo y cosas que en el discurso de esta prisión sucedieron*

ASADAS PUES LAS PLÁTICAS REFERIDAS dijo Fernando Cortés que supiese que en la ciudad de Nauhtlan, el señor de ella Quauhpopoca, su vasallo y general en aquella frontera, habiendo llamado debajo de amistad a ciertos castellanos, mató a tres y matara a los demás si Dios no los salvara; y que queriendo el capitán de la Vera Cruz entender la causa de ello llegó con él a las manos y le mató otros ocho castellanos, y por la obligación que tenía de dar cuenta de aquellos hombres, había procurado de saber quién había sido la causa; y porque hallaba que todos le culpaban, aunque no lo creía, porque le tenía por buen amigo del rey, su señor, como se lo había certificado, le parecía que era necesario, para que los que hicieron aquel delito y los que afirmaban que se lo había mandado, fuesen castigados para que otra vez no se atreviesen contra su señor, se fuese con él al aposento adonde estaba, en el cual sería servido como en el suyo y antes más, pues que con el servicio que le harían los castellanos recibiría mucho placer y le agradaría su conversación y que no se detendría más tiempo de hasta que enviase por los que habían delinquido y se determinase entre los dos lo que de ellos se había de hacer. Rogóle mucho que de ello no recibiese pena, porque sabía que cuando hubiese tratado a los suyos no gustaría de apartarse de ellos. Habiendo estado Motecuhzuma a todo muy atento, respondió como maravillado y dijo que no sabía nada de lo que refería que había pasado en aquella ciudad, cuyo señor era su vasallo, y que los que podían haber dicho que de aquel caso él era sabidor debían de ser los tlaxcaltecas, de que no se maravillaba, pues eran sus enemigos y holgarían de verle destruido y que fuese cierto que tal cosa por su mandado no se había hecho. Llamó a dos señores de los que estaban con él; mandóles que fuesen a Nauhtlan y ordenasen a Quauhpopoca y cuantos intervinieron en las muertes de los castellanos que pareciesen ante él y dioles una pedrezuela, que se desató del brazo, para que se la mostrasen; y no queriendo obedecer, juntamente con los señores comarcanos, le hiciesen guerra hasta llevárselos presos. Volvióse a Cortés, díjole que ya vía cómo enviaba por los delincuentes; volvió Cortés a instar en que se fuese con él a sus aposentos, pero Motecuhzuma, en que tuviese por bien de que se quedase allí, pues no había de huir de su casa, ni irse a los montes y que él tendría por bien que se quedase allí con sus compañeros. Hubo sobre esto muchas réplicas de una parte a otra, que duraron hasta las tres horas después de mediodía, y al cabo Cortés le persuadió que se fuese con él. ¡Oh desgraciado príncipe y cómo has dado fin a tu monarquía y qué cierta está ya tu perdición! De tus palacios te sacan para palacios tuyos, que los posee otro dueño y no saldrás de ellos con vida y ahí se cumplirán to-

dos los pronósticos que tantos años ha que te traen atemorizado. Mandó que se le aderezasen luego ciertos aposentos y que se le trajesen unas andas. Fue en hombros de los señores que allí se hallaban y en el camino hubo algunas muestras de rumor; pero Motecuhzuma ordenó que nadie se desasosegase. Acudían al aposento de Motecuhzuma muchos señores desconsolados, mostrando pena de ver aquella mudanza y novedad, ofreciendo de servir en lo que se les mandase. Aquí dice Gómara que nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual, que Fernando Cortés prende a Motecuhzuma, rey poderosísimo en su propria casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros. Y es así que fue atrevimiento nunca visto, y más se debe atribuir a Dios este hecho que a pecho humano; porque dado caso que con Cortés y sus compañeros había otros muchos indios amigos que los ayudaban, era tanto el poder de Mexico entonces que a piedra que cada morador tirara, los acabaran y asolaran a todos como los mismos españoles lo confesaban, y se lo dijeron a Cortés en esta ocasión. Pero los pecados de este idólatra, que ya habían llegado a término y la justicia de Dios que venía al castigo, fueron causa de esta prisión. Fernando Cortés, conociendo su gran atrevimiento y el peligro en que se hallaba, previniendo a lo por venir, mandó labrar dos bergantines en que cupiesen doscientos hombres para entrar y salir en la ciudad cuando fuese menester, los cuales presto fueron acabados y los tenía con buena guarda cerca de su alojamiento, no con pequeño espanto y admiración de los indios.

Motecuhzuma, temiendo que cargase sobre él el daño que podrían hacer los suyos a los castellanos, con rostro alegre disimulaba la pena que sentía. Dijo a los caballeros que le servían y visitaban, que no había para qué hacer tan gran sentimiento, pues estaba bueno y vivo y se hallaba en aquel aposento a su contento y no se le había hecho ni se le hacía fuerza ni afrenta y que él había querido ir allí por asegurar a los castellanos de lo que en aquel caso de Quauhpopoca dél se había dicho y que pensaba hacer justicia de él porque otro no se atreviese a lo mismo, y que quería estar allí hasta que entendiese Cortés que lo que de él se había dicho era falso y que pues cuando él quisiese saldría de allí, sosegasen sus corazones y como siempre le habían amado lo mostrasen en aquel caso. Fernando Cortés, en entrando en el aposento, le puso guarda y la encomendó a Juan Velázquez de León; y si no fuera por el particular cuidado que se tuvo se le hubieran sacado, porque muchos oradaban las paredes y usaban de otras diligencias; y un día se quiso echar de una azutea de diez estados en alto, para que los suyos le recibiesen, si no le detuviera un castellano de los que le guardaban que se halló cerca. Visitábale cada día Fernando Cortés, procuraba de alegrarle y regocijarle mandando a los soldados que delante de él jugasen y hiciesen ejercicios de armas y otras cosas, con que mucho se holgaba, y cada día les hacía muchas mercedes. Era servido de sus mismos criados, como en su palacio y también de los castellanos, que por mandado de Cortés le acataban y servían como a rey. Allí libraba pleitos, despachaba negocios y entendía en la gobernación de sus reinos, hablando pública y

secretamente con cuantos quería; y con todo esto andaban los indios tan solícitos y inquietos que de noche y de día procuraban de sacarle, horadando a cada paso las paredes y echando fuego por las azuteas. Mandó Cortés, por esta causa, a Rodrigo Álvarez Chico, hombre valiente y vigilante, que con sesenta soldados guardase la casa por las espaldas, haciendo los cuartos de veinte en veinte, y que Andrés de Monjaraz hiciese lo mismo por delante del palacio, con otra tanta gente. Era el servicio que allí tenía Motecuhzuma de gran señor, porque la comida que se le llevaba con los platos, los hombres de cuatro en cuatro ocupaban gran trecho; iban con los platos levantados, con gran reverencia y después de haber comido todo el servicio se repartía entre los caballeros que le servían y los castellanos que le guardaban; era la cama de muchas y muy ricas mantas de algodón, unas muy delgadas, otras basteadas como colchones y cubiertas con otras de pluma, riquísimas, y de pelos de conejo, que son muy calientes y blandas, que por ser de naturales colores y diferentes parecían bien; y la cama estaba sobre esteras y tarimas de madera, todo acomodado conforme al calor y al frío. Cacama, rey de Tetzcuco (que a la sazón estaba en esta ciudad de Mexico), viendo preso a su tío Motecuhzuma y que se dilataba su libertad y que el rey no sólo no la procuraba pero que parecía estar contento en su prisión, determinó de irse a la suya de Tetzcuco, donde llevó consigo a su hermano Coanacotzin, que también estaba acá; y esta ida era con ánimo de juntar gente, para venir contra Cortés, porque como este mancebo era de ánimo valeroso tenía a grande afrenta ver tan pocos hombres hechos ya señores de tantos, pareciéndole que con facilidad los vencería y aun se haría señor absoluto de todo el imperio.

CAPÍTULO LI. *De algunas particularidades sucedidas durante la prisión de Motecuhzuma y de cosas en que mostró su muy grande y generoso pecho este excelentísimo monarca*

ENÍA PARTICULAR CUIDADO Fernando Cortés en que sus castellanos hablasen y tratasen a Motecuhzuma con singular reverencia y acatamiento, como convenía a tan gran príncipe, y daba en esto mucho ejemplo, porque siempre que entraba a visitarle le hacía una y muchas reverencias hasta el suelo, con que pareció que sosegó mucho su ánimo. Rogóle muchas veces con la libertad, diciendo que si era servido se podría volver a su palacio porque no le tenía preso; respondía que estaba bien y se lo agradecía, porque no echaba menos cosa que perteneciese a su servicio; y que recibía contento en estar allí, por tener más ocasión de tratar mucho a los castellanos, a los cuales cada día más se iba aficionando, porque sus costumbres le parecían bien; y porque podría ser que volviéndose a su aposento los suyos, teniendo más libertad de hablarle, le importunasen a que hiciese alguna cosa contra su voluntad, que fuese en daño de los caste-